

¿Escuela para todos, reto o quimera?

Lluís Espunya Danés

Psicopedagogo

Recibido: 10-10.03 - **Aceptado:** 04.11.03

DOI: <https://doi.org/10.32093/ambits.vi59504936>

El 17 de octubre de 2017, el Diari Oficial de la Generalitat de Catalunya publicó el Decreto 150 de la atención educativa al alumnado en el marco de un sistema educativo inclusivo, una declaración de intenciones en toda regla, que emanaba de la Ley de Educación de Catalunya (2009) en la que se decía que los principios fundamentales del sistema educativo eran la cohesión social y la escuela inclusiva, base constitutiva del anhelo compartido, urbi et orbi (UNESCO, Unión Europea...), de una escuela para todos. Palabras gruesas y solemnes, como corresponden a una toma de posición que debe marcar el devenir de la escuela catalana.

El texto es una apuesta valiente por parte de quien tiene la responsabilidad de marcar el rumbo del país, pero no deja de ser sólo una declaración de intenciones, literatura de ficción que, si no se concreta, si no se precisa el camino de mejora con temporización y financiación, acabará convirtiéndose en papel mojado, como tantos otros documentos de gran trascendencia que tenemos esparcidos por todas partes y que sólo son pura retórica.

Definido el horizonte, bellamente, debemos poder sentir y percibir que nos encaminamos decididamente hacia él. Que nos situamos, como mínimo, en la dirección, porque estamos hablando de un reto mayúsculo que requiere una convicción ideológica y un compromiso político que debe traducirse, reitero, en una financiación adecuada, o al menos progresivo año tras año, y estamos lejos todavía del 6% del Producto Interior Bruto destinado a educación que anunciaba nuestra Ley Marco de 2009.

Por otro lado, es un decreto que no está en consonancia con los valores de la sociedad actual, que acepta a duras penas la diversidad, que es clasista, racista, individualista, competitiva..., con todos los matices que se quieran incorporar, que suavizarán los calificativos empleados, pero que no los desvirtuarán en su esencia.

Frente a estos valores más preeminentes, la cohesión social y la escuela inclusiva son las dos caras de una moneda que debería llevarnos a una sociedad más igualitaria, más solidaria, más comprometida en la consideración y el respeto al otro, más capaz de convivir con la diferencia, menos temerosa de la diversidad, más abierta y flexible...

Los retos que supone caminar hacia esta dirección son gigantescos y deberíamos ser conscientes de todo el entramado que conllevan, especialmente para no realizar análisis simples cuando las circunstancias son muy complejas.

Hay uno, de reto, que debería poder abordarse de manera decidida, y sólo se hace tímidamente, y que tiene que ver con lo de capturar corazones y mentes, en el sentido de que todo el mundo debería convencerse que convivir con la diversidad y la heterogeneidad es una riqueza y es en el espacio escolar (y no debería ser el único, está claro) donde se puede poner en evidencia el valor de la convivencia entre personas con trayectorias vitales, capacidades e intereses distintos. Y ese valor debe trabajarse desde todas las instancias, sabiendo que estamos muy lejos de este pensamiento. ¡No sólo está lejos la ciudadanía en general, lo está también una parte de los propios enseñantes! Y este convencimiento es ideológico, de visión del mundo, de la vida y de las relaciones entre los humanos.

Dicho esto, que me parece muy sustancial porque lo determina todo, lo que demanda andar hacia una escuela inclusiva tiene dimensiones estratosféricas que deberían corresponderse con los recursos humanos y materiales que deberían dedicársele. Por eso, me resulta enternecedor (y necesario, no querría menospreciarlo) todo este movimiento del último mes de octubre reclamando más horas de monitores/as de educación especial, con todos los medios de comunicación abocados a hacer de altavoces de la reivindicación, como si la escuela inclusiva dependiera absolutamente del aumento o no de sus horas de dedicación.

Veamos las dimensiones, por encima y sin entrar en detalles: la escuela inclusiva tendrá que garantizar un progreso académico consistente para poder participar con garantías en esta sociedad extremadamente competitiva que *nos hemos dado entre todos*. Quiere decir que todo el mundo aspira a que el alumnado alcance el máximo desarrollo de sus posibilidades y capacidades; la escuela inclusiva tendrá que hacer que cada alumno mantenga una buena autoestima y autoconcepto, que le den seguridad personal y equilibrio emocional; tendrá que conseguir que nadie se quede al margen y todo el mundo pueda estar, participar y progresar (Ainscow, Booth y Dyson); que todo el alumnado incorpore los valores de la socialización, sepa relacionarse con las personas cercanas y lejanas y pueda estar con buena disposición y capacidad adaptativa en diferentes entornos sociales, en la calle, en la biblioteca, en los encuentros familiares, en los bares y restaurantes, en los espacios de ocio, en los clubes deportivos...; que la convivencia entre culturas sea posible, lejos del asimilacionismo que algunos habían soñado, para abrazar la multiculturalidad y la aceptación y promoción de las realidades diversas de cada uno de los alumnos, por supuesto que deberá asumirse la diversidad lingüística, religiosa y nacional; se le pide también que sea compensadora de las desigualdades y que procure por la equidad y la igualdad de oportunidades, en un entorno que debe servir para desvelar un pensamiento crítico, capaz de cuestionar los modelos sociales o familiares que no son suficientemente justos y que promueven la

exclusión o la desconsideración del diferente. En este punto vale la pena recordar que en Catalunya tenemos muchas escuelas segregadas, que escolarizan en un porcentaje muy elevado población vulnerable y que remediarlo se nos hace una montaña, y de ello tenemos ejemplos constantes. Cuesta mucho porque la Administración no lo aborda con suficiente determinación y se complica por aquellos valores sociales que ya hemos apuntado anteriormente.

De todos estos elementos, infinitos, que requieren todos ellos un esfuerzo de fondo y constante, los únicos que están claramente determinados y delimitados son los currículos de las diferentes áreas, que se alargan en páginas y páginas inalcanzables de contenidos de todo tipo que serán evaluados como corresponde con un montón de pruebas, cuyos resultados después serán contrastados y comparados con otras realidades educativas, nacionales, europeas y mundiales. ¡Y cuidado, si los resultados no son suficientemente competitivos, o son inferiores a los del curso anterior! Los medios de comunicación pondrán el grito en el cielo y los tertulianos se preguntarán una y otra vez cómo es posible que tengamos un sistema educativo tan mediocre. Algunos de ellos, los más iluminados, querrán volver a aquellos pasados gloriosos, que sólo pueden considerarse gloriosos, por la desmemoria y el desconocimiento de lo más elemental: hace treinta años que pasamos de un modelo selectivo a uno comprensivo que, justamente, es el que abría camino hacia esta escuela inclusiva que reclamamos. Rápidamente, el gobierno pensará en medidas correctoras, que a menudo propondrán una mejora formativa de los maestros, simulando que ellos son los responsables de la caída del nivel..., todo ello una miseria insoportable, que se va repitiendo cada poco tiempo.

Al margen de todo este ruido de fondo, para abarcar los retos, al menos para empezar a dar respuestas, necesitamos hacer frente a un problema muy crónico: la exagerada rigidez del sistema educativo. Nos conviene flexibilizarlo lo máximo posible para que pueda ser suficientemente adaptable a la diversidad de necesidades e intereses. Esto significa cuestionarse la carga curricular, la organización por áreas, la inmovilidad de los grupos (sobre todo los propuestos por fecha de nacimiento), los espacios escolares, el mobiliario y su disposición que, recordémoslo, es muy similar a lo que teníamos en los años cincuenta del siglo pasado, cuando el mundo era otro y la función de la escuela también; además, deberemos explorar decididamente las posibilidades de la pedagogía diferenciada, el diseño universal del aprendizaje, la respuesta a la intervención..., que, en realidad, sólo podrán ponerse en práctica si conseguimos desbloquear la estructura del sistema.

Y además, habrá que cuidar mucho mejor a los profesionales de la educación, sin cuya implicación todo el engranaje se irá al garete. Tienen que ser más y muy bien formados, con mayor autonomía de gestión, más margen para la creatividad, más reconocimiento profesional y más respeto en general, de parte de la administración, pero también de la ciudadanía. Aquí no deberíamos olvidar que la docencia es una de las

profesiones más afectadas por este fenómeno detectado por el economista americano Anthony C.Klotz y que él mismo bautizó como “la Gran Renuncia” (The Great Resignation), que implica que millones de personas abandonan sus profesiones por fatiga, malas condiciones laborales, escaso reconocimiento social, sentimiento de impotencia... En Francia se manifiesta de manera muy evidente y ya ahora tienen dificultades graves para encontrar personas que quieran dedicarse a la enseñanza. En España empiezan a aparecer datos preocupantes que van en esa misma dirección. En Catalunya, los profesionales están superados por tantas propuestas de innovación que no son capaces de digerir y que no surgen de la realidad de los centros sino de las derivas de las personas que trabajan desde los servicios centrales en Barcelona y que van cambiando con cada cambio de consejero. Y sobrepasados también por la literatura pedagógica que están obligados a consumir y, a veces a producir, y que no les deja tiempo suficiente para lo esencial: la relación con el alumnado y sus necesidades que, en definitiva, será lo que determinará si la escuela inclusiva puede ser realmente un reto alcanzable o, directamente, habrá sido una quimera.

Correspondencia con el autor: *Lluís Espunya Danés* . E-mail: lluisespunya@gmail.com